

Vida de la Academia y Notas Bibliográficas

Dr. J M Avilán Rovira

Individuo de Número

1. Reconocimientos al deber cumplido.

-Por comunicación del 19-07-2012 de la Comisión de Educación Médica, se tuvo conocimiento de la designación de los Académicos José A. Puchi Ferrer y Antonio Clemente Heimerdinger, como Presidente y Secretario de dicha Comisión.

-Por comunicación de fecha 26-07-2012 de la Comisión de Cultura y Humanismo, se tuvo conocimiento de la designación de los Académicos Juan José Puigbó y José Enrique López, como Presidente y Secretario de dicha Comisión

-Por comunicación de fecha 26-07-2012 de la Comisión de Pediatría y Puericultura, se tuvo conocimiento de la designación de los Académicos José Francisco y Felipe Martín Piñate, como Presidente y Secretario de dicha Comisión.

-Por comunicación del 02-08-2012 de la Comisión de Medicina Social y Salud Pública, se tuvo conocimiento de la designación de los Académicos Pedro Faneite Antique y Antonio Clemente Heimerdinger, como Presidente y Secretario de dicha Comisión.

-Por comunicación de fecha 02-08-2012 de la Comisión de Bioética y Praxis Médica, se tuvo conocimiento de la designación de los Académicos Isis Nézer de Landaeta y Felipe Martín Piñate, como Presidenta y Secretario de dicha Comisión.

¡Felicitaciones por la distinción y mucho éxito en las nuevas actividades por cumplir!

2. Palabras del Presidente de la Academia con motivo del Día de Razetti

“Habiéndose cumplido el pasado 10 de septiembre 150 años del natalicio del fundador, motor y guía de nuestra Academia Nacional de Medicina, Doctor Luis Razetti Martínez, nos reunimos hoy una vez más en torno a su figura prodigiosa para elogiar su vida como ciudadano y como médico, mostrar nuestra devoción y admiración inquebrantables y al mismo tiempo poner de relieve una de tantas aristas de su polifacético quehacer, como en este caso su aporte a la cirugía reconstructiva, que de viva voz nos señalará el Académico Luis Ceballos García.

La vida de Razetti, escritor prolífico, se desarrolló entre el ejercicio activo de la cirugía, el magisterio, el periodismo biomédico, la higiene pública, la educación sexual y la moral médica con gran impacto entre los médicos de su tiempo y cuyas ideas permearon a otros países de Hispanoamérica.

Hace precisamente un año, cuando tuve el privilegio de recordarle en esta misma tribuna, escribí: ‘El Hipócrates venezolano –como he querido que se le llame- vivió en proximidad a la experiencia clínica y mezclado con ella, y por eso, su obra invita a un retorno a Hipócrates y al contacto con la realidad del enfermo tal como se ofrece a los sentidos, traída por todas las inolvidables adquisiciones de su trabajo como clínico y cirujano, otorgando al enfermo una consideración consecuente con su dignidad humana y peculiaridad psicológica.

Razetti conjugó alrededor de su personalidad de

médico, cirujano y obstetra, las múltiples aristas del sabio: filósofo, paradigma de la moral, la deontología y la ética, patriota, escritor, literato, periodista, biólogo, ensayista, docente universitario, gremialista, polemista, transformador y modernizador de la medicina *Nostra* y uno de los más insignes exponentes del pensamiento liberal que caracterizó su época.’

Nacido a la medicina en el ambiente teórico de la Universidad de Caracas, donde se enseñaba en ausencia del hospital, los pacientes y el laboratorio, se quejó de que los suyos fueron unos estudios, “de anatomía sin cadáveres, química sin laboratorio y patología sin clínicas”, y su lamento no se quedó allí, se transformó en acción, en cambio, en revolución creadora. Su actividad en el Hospital Vargas de Caracas y en el seno de esta misma Academia, así lo demostraron. Las bases de la medicina y la práctica de la cirugía no fueron más imperio de la improvisación y sus alumnos y admiradores se encargaron de que sus lecciones no fueran nunca más olvidadas. A pesar del sufrimiento del ostracismo a que fuera condenado en sus últimos años, escribió así en su Autobiografía. Gracias!”

Seguidamente el Académico Luis Ceballos García dictó la XXI Conferencia titulada “Razetti y la cirugía reconstructiva en Venezuela”, cuyo resumen ofrecemos en otra sección de la revista.

3. Breve resumen de la asistencia a la XX Reunión de la Asociación Latinoamericana de Academias Nacionales de Medicina, España y Portugal



Figura 1. El Académico Luis Ceballos García dicta la XXI Conferencia Razetti titulada “Razetti y la cirugía reconstructiva en Venezuela”.

La reunión se realizó en la Academia Nacional de Madrid, entre el 27 y el 29 de septiembre de 2012, donde fuimos representados por los Académicos Rafael Muci-Mendoza y Leopoldo Briceño-Iragorry, Presidente y Secretario de la Academia Nacional de Medicina, respectivamente.

La versión del presente año se inició el 27 de septiembre del año en curso en la hermosa sede de la Real Academia de Medicina de Madrid, con una reunión administrativa, presidida por el Presidente saliente, Dr. Manuel Díaz Rubio García y el Presidente entrante, Dr. Joaquín Poch Broto, además de la presencia del Secretario Ejecutivo del ALANAM, Dr. Zoilo Cuellar Montoya de Colombia, quien dio la bienvenida a los presidentes y delegados.

De las Academias concurrentes, este año participaron quince países, incluyendo la República Dominicana, recientemente aceptada por el concierto de las Academias.

Acto seguido, en el auditorium de la Academia se realizó la inauguración de la reunión, seguida de la Conferencia Magistral “Gonzalo Esquerra Gómez”, por el Dr. Zoilo Cuellar Montoya, titulada “Mutis y la medicina”. Luego, en el Patio de Honor, hubo un coctel de bienvenida.

El día 28 sería dedicado a la “universalización de las vacunas”, la cual en su segmento matutino estuvo moderado por el Académico español Gonzalo Piedro Angulo y el Académico Rafael Muci-Mendoza, cada participante no disponía de más de quince minutos y todos se ajustaron a su tiempo.



Figura 2. La Junta Directiva de la Academia Nacional de Medicina con el Académico Luis Ceballos García después de dictar la XXI Conferencia Razetti.

Luego, de un receso vendría una segunda sesión, esta tocaría el turno a Venezuela, donde en total intervinieron trece conferenciantes. Después hubo discusión, concierto y cena de clausura.

El día sábado tocó el turno a la “Epidemiología de la obesidad”, por el Académico Leopoldo Briceño-Iragorry y donde hubo doce participantes, como en el día anterior, al finalizar hubo discusión.

En horas de la tarde tuvo lugar la reunión administrativa, durante la cual se hicieron reconocimientos, en especial a la persona del Dr. Zoilo Cuellar Montoya. Se designó la nueva sede para el año 2014, en La Asunción, Paraguay.

Se habló igualmente de la posibilidad del año 2016, cuando Venezuela podría ser la nueva sede, si es que las circunstancias y el tiempo lo permiten.

Fue una oportunidad inigualable en la cual aprendimos mucho y al mismo tiempo sentimos las severas limitaciones de nuestra estructura sanitaria.

Como resultado de las deliberaciones se distribuyeron sendos libros sobre la “Universalidad de las vacunas y la obesidad”. Hay copias de cada una de ellas en la Biblioteca de la Corporación. Más detalles pueden obtenerse a través de Internet, mediante el enlace www.ranm.es o entrando en la página de la Academia, donde además de las ponencias están los dos libros.

4. Elección de un nuevo Miembro Correspondiente Nacional y de un Invitado de Cortesía

En la sesión extraordinaria del 18 de octubre del año pasado tuvo lugar la elección del Dr. Mauricio Gohman Yahr, como Miembro Correspondiente Nacional, para ocupar el Puesto N°4, vacante por ascenso del Dr. Jesús Felipe Parra.

En la sesión extraordinaria del 25 de octubre del año pasado se llevó a cabo la elección del doctor Marco Sorgi Venturoni como nuevo Invitado de Cortesía,

¡Reciban nuestras sinceras congratulaciones y los mejores deseos por el éxito de las futuras tareas!

5. Elección de un Miembro Correspondiente Extranjero

Se recibió comunicación de fecha 02-08-2012 de la Comisión de Credenciales, aprobando las presentadas por el Dr. Francico Marty, aspirante a ocupar el Puesto N° 30 de Miembro Correspondiente Extranjero por México, vacante por el fallecimiento del Académico Giovanni E. Porras Ramírez.

La elección tuvo lugar en la sesión extraordinaria del 18 de octubre del año pasado.

¡Nuestros parabienes y mucho éxito en las nuevas actividades!

6. Aporte de las Academias para el libro “Reflexiones y Propuestas para la Educación Universitaria”.

El Académico Rafael Muci-Mendoza, en la sesión del 02 de agosto del año pasado, hizo referencia a la reunión efectuada el 27 de julio en el Paraninfo del Palacio de las Academias, donde hicieron su aporte las Academias para el libro “Reflexiones y Propuestas para la Educación Universitaria”.

Como se menciona en la presentación y sumario del libro: “Desde hace tiempo en todas las universidades autónomas y en algunas privadas y experimentales se ha planteado la necesidad de repensar la universidad venezolana. Destacados exponentes del mundo académico lo han planteado desde diferentes puntos de vista; unos argumentando sobre la necesidad de elevar la calidad académica y la adecuación de la universidad a las exigencias del mundo globalizado y otros enfatizando posturas o ideologías políticas. De una forma u otra, lo cierto es que desde hace tiempo en muchas universidades se viene planteando la necesidad de una transformación académica, que las adecue a las exigencias del mundo moderno. Otras razones que demandan una discusión abierta sobre la universidad venezolana son, por ejemplo la proliferación de universidades que no disponen de recursos académicos para garantizar una buena formación profesional y la deformación de la idea de universidad como centro de excelencia para la formación de profesionales y ciudadanos libres que se está sembrando en la juventud. Es igualmente preocupante el deterioro de la infraestructura para la docencia y sobre todo para la investigación, que se percibe especialmente en las universidades autónomas; la alarmante pérdida de profesores por razones de jubilación o por difíciles condiciones de vida y de trabajo que pueden ofrecerles las universidades; el creciente aislamiento de los escenarios internacionales, la imposibilidad de realizar nuevas contrataciones, entre muchas otras”.

Además se informa: “Las Academias aceptaron el reto de reflexionar sobre la universidad venezolana y sobre esta base proponer iniciativas para mejorar la calidad de los estudios de tercer y cuarto nivel en nuestro país. Sin embargo, por razones internas

no atribuibles a la intención de las Academias, solamente cinco Academias pudieron cumplir con el compromiso”. Ellas son: la Academia de Medicina, la de Ciencias Políticas y Sociales, la de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, la de Ciencias Económicas y la de Ingeniería y Hábitat.

7. Homenaje a la promoción de médicos y cirujanos “Centenario Luis Razetti” con motivo de su quincuagésimo aniversario.

La sesión extraordinaria del día 16 de agosto del año pasado, se efectuó en el Paraninfo del Palacio de las Academias, con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de la promoción de médicos y cirujanos “Centenario Luis Razetti”.

Las palabras de bienvenida estuvieron a cargo del Académico Rafael Muci-Mendoza, Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

A continuación disertaron la doctora Omaira Wagner de Méndez y el Académico Claudio Aöun Soulie, como representantes de la promoción.

¡Nuestras muy sinceras felicitaciones a los cumpleaños!



Figura 3. Promoción de médicos y cirujanos “Centenario Luis Razetti”.

Obituario

El 14 de septiembre del año pasado falleció en Cumaná, el **Dr. Luis Delfín Ponce Ducharne**, Miembro Correspondiente Nacional, ocupante del Puesto N° 18. Nació en Cumaná, Estado Sucre, el 8 de enero de 1918. Realizó sus estudios de primaria y secundaria en su ciudad natal hasta 1936, cuando

se traslada a Caracas para ingresar a la Universidad Central de Venezuela, donde finaliza sus estudios médicos en 1942, con su tesis doctoral “Contribución al estudio de las anastomosis bilio-digestivas”, la cual fue premiada. Inicia su residencia en cirugía general en la Clínica Córdoba, bajo la tutela del profesor Salvador Córdoba, entre 1942 y 1944.

Sus actividades quirúrgicas las inició en la Consulta Externa del Hospital Vargas de Caracas en 1942, donde ascendió hasta cirujano adjunto al Servicio de Cirugía N° 2, hasta julio de 1958, cuando pasa al Hospital Universitario de Caracas, donde se desempeñó como cirujano adjunto del Servicio de Cirugía N° 3, hasta marzo de 1970.

Entre los años 1953 y 1954 fue visitante del Servicio de Cirugía Cardiovascular, Children Hospital de Boston y luego asistente del Departamento de Cirugía Cardiovascular, Western Reserve University, Cleveland, Ohio. En 1955 realizó el curso superior de cardiología clínica y luego el de electro-cardiografía, en el Instituto Nacional de Cardiología de México, donde fue asistente voluntario al Departamento de Cirugía Cardiovascular, dirigido por el profesor C. Robles.

Su carrera docente la inicia como instructor de Clínica y Terapéutica Quirúrgica, en la Universidad Central de Venezuela, desde 1945 hasta llegar a ser Profesor Titular en 1958, cargo que desempeñó hasta 1970. Fue además miembro del Consejo de la Facultad de Medicina, de la Comisión Consultiva de Cirugía de la UCV, de la comisión planificadora de estudios de la Facultad de Medicina, de la Comisión de Tesis Doctorales y del sistema de orientación de la misma Facultad.

En la Universidad de Oriente fue miembro de la sub-comisión organizadora de la Escuela de Medicina de la UDO, en 1960, de la cual fue su primer director hasta 1962 y posteriormente Profesor-Honorario. Fue miembro del Consejo Universitario y representante ante el Ministerio de Educación. En los últimos años se desempeñó como Coordinador docente de los cursos de posgrado en el Hospital Universitario “Antonio Patricio de Alcalá”, Cumaná, desde 1984.

Desde 1944 fue médico de la consulta de medicina general, en el Instituto Venezolano de los Seguros Sociales, posteriormente cirujano residente y después adjunto del Hospital General del IVSS, luego jefe de servicio de Cirugía II del Hospital “Miguel Pérez Carreño”, pasó a ser jefe del departamento de cirugía y finalmente su director hasta 1976.

El 9 de febrero de 1995 fue elegido para el Puesto N° 18, como Miembro Correspondiente Nacional por el Estado Sucre.

Su actuación en el campo de la educación médica, tanto nacional como internacional, fue muy extensa y exitosa, representando a Venezuela en varios países latinoamericanos y de Europa. Asiduo asistente a congresos nacionales e internacionales de cirugía, en los cuales presentó numerosos trabajos de investigación sobre su especialidad, educación médica, ciencias de la salud, históricos sobre Luis Daniel Beauperthuy, entre otros temas.

Pertenebió a varias sociedades científicas, tanto nacionales como internacionales, entre ellas, miembro del Consejo Directivo de la Federación Panamericana de Asociaciones de Facultades de Medicina y de la Sociedad de Historia de Medicina.

Sus principales trabajos de investigación versan sobre corazón quirúrgico, hipertensión portal, cirugía del úlcus gastroduodenal, aneurismas de la arteria esplénica, cirugía de defectos cardíacos adquiridos, cirugía y anestesia cardíacas, formación del gastroenterólogo, ileo-coloesofagoplastia en afecciones benignas del esófago, plastias del esófago con injertos intestinales, cáncer gástrico, tratamiento del divertículo faringo-esofágico, hemorragias digestivas, manejo de politraumatizados, sustitución de estupefacientes por asociación de otros agentes medicamentosos en la analgesia y sedación posoperatoria, cirugía del colon, reanimación cardíaca, pre y posoperatorio en cirugía gástrica, enfermedad de Hodking extraganglionar de localización gástrica, la úlcera duodenal perforada, el médico internista y el paciente quirúrgico, entre muchos otros más.

Tomado de: Archivos de la Academia Nacional de Medicina: expediente personal y de Doctores Venezolanos de la Academia Nacional de Medicina, Datos biográficos, del Dr. Francisco Plaza Izquierdo, Fundación Editorial Universitaria, Venezuela, 1996..

Nota bibliográfica

Dr. Ladimiro Espinoza León, Historias de mi vida. Ediciones Editarte. Edición Adriana Villanueva, Marianella Montenegro. Diseño Gráfico. Camoba Taller Gráfico Editorial C.A. Laura Morales Balza. Imágenes y documentos, Archivos familia Espinoza Colmenares, Academia Nacional de Medicina, Superación C.A. Clínica El Ávila, Archivo Irlanda Rincón Chalbaud. ISBN: 978-980-6968-06-6. Depósito Legal: If25220129201952

1. Cuando Ladimiro nos presentó—desde La Tribuna— las “historias de su vida”, todavía recuerdo que realmente me conmovieron. Así se lo hice saber cuando descendía las escaleras del podio que expresamente había solicitado para la ocasión. Sin embargo, oír “las historias” no es lo mismo que leerlas!

Son testimonios sinceros y sencillos, pero que revelan profundas verdades que se aceptan sin dudas, pues de lo contrario habría que atribuirle una infinita capacidad para inventarlas. Además, cada historia está debidamente documentada con hechos y testigos que podrían refutarlas si fueran falsas. Solamente alguien fuera de sus cabales se pondría a sí mismo tamaña trampa! Si escuchar su relato es enternecedor, su lectura multiplica las aristas del mensaje y las enseñanzas que transmite.

Revela que a los 80 años de vida muy activa—como lo demuestran “las historias”— decidió escribirlas a petición de su hijo Luis Manuel. Indudablemente fue un acierto!

Corría el año 1925 cuando nació en San Juan de Lagunillas, un pueblecito cercano a la ciudad de Mérida, y nos refiere que la atención del parto en esa época era responsabilidad de parteras.

Lo de su nombre es inefable. ¿Por qué no se corrigió? Mejor fue así. Se hubiera perdido la originalidad. ¿Cuántos “Ladimiros” hay?

La franqueza para contar la historia del padre es abrumadora y de gran trascendencia. Fue un



Figura 4. El Académico Ladimiro Espinoza León hace un resumen de su libro “Historias de mi vida”.



Figura 5. Bautizo del libro “Historias de mi vida” del Académico Ladimiro Espinoza León.



Figura 6. El Académico Ladimiro Espinoza León con el Vicerrector Académico de la Universidad Central de Venezuela. Dr. Nicolás Bianco.

decidido emprendedor quien no solo progresó en sus negocios, sino que así también hizo avanzar a San Juan de Lagunillas.

2. Sin embargo, para Ladimiro “el hombre que llevó el progreso a San Juan de Lagunillas” fue Don Espíritu Uzcátegui, abuelo de la Académica Ofelia Uzcátegui. Por eso afirma que “en la Academia hay dos sanjuaneros, el hijo de Manuel Espinoza y la nieta de Don Espíritu.”

Esta “historia” es muy interesante porque la ayuda de Don Espíritu “era muy difícil”. Eran los tiempos

de Gómez y quien trataba de sobresalir podía salir trasquilado o quedar como aliado del tirano ante los lugareños. Resultó genial la estrategia entretejida entre los notables, el jefe civil y el gran benefactor para lograr agua corriente y luz eléctrica para el pueblo. A Ladimiro todo esto se lo contaron, porque él era muy chiquito cuando ocurrió.

Además de tanto interés y bondad, Don Espíritu “era lo más parecido a un médico con que contábamos gracias a sus conocimientos de primeros auxilios, que lo hizo el paño de lágrimas de los habitantes del desasistido pueblito”.

3. Ladimiro fue el cuarto hijo de los cinco que tuvieron Don Manuel y Doña Tila. Los otros fueron Manuelito, el mayor, Ciro y Carmen Ana. Durante 11 años Ladimiro fue el consentido, hasta que nació Lesbia, “que esa sí fue la verdadera consentida de la familia”.

Manuelito fue un niño enfermo. Su mal era irreversible, murió a los 18 años, sin poder volver a caminar. Pero el padre insistió en darle la vida más cómoda y normal que estuviera a su alcance: como cualquier niño fue a la escuela del pueblo donde aprendió lo que había que aprender rodeado de muchachos de su edad. Es un ejemplo, de cómo un niño deficiente, rodeado de cariño, puede disfrutar de la vida y divertir a los demás con su creatividad: crianza y peleas de gallos, “toreo” de chivos, creación de un equipo de fútbol para celebrar competencias con los equipos de los pueblos vecinos. En fin, “un ser humano incomparable”.

Ciro, fue “una especie de ídolo” no solo para Ladimiro, “sino para todo San Juan porque fue el primer muchacho en irse a estudiar fuera del pueblo”. Esta convicción en la necesidad de la educación es el efecto de la trascendente decisión de Don Manuel de evitar su propia experiencia, no solo en sus hijos, sino que lo consideró un deber a difundir entre los vecinos de San Juan. Ciro estudió ingeniería civil.

De sí mismo, refiere el autor que a su mamá “le gustaba decir que siempre supo que yo sería médico cirujano porque me gustaba abrir las muñecas de Carmen Ana como si las estuviera operando”. Agradece a su maestro Marciano Zerpa por enseñarlo a leer en lo que el llamaba “alta, clara e inteligible voz”. Recuerda la amarga experiencia de una gravísima fractura de su brazo izquierdo, de la que da detalles de su tratamiento en la época y

de su milagrosa evolución. Tuvo una gran suerte que no fuese el brazo derecho, que tanta falta le haría para el éxito en su profesión.

4. Al terminar el tercer grado Don Manuel lo envió a Mérida. “Mérida, aunque era un pueblito un poquito más grande que San Juan, nos parecía una gran ciudad, pero en realidad no lo era, era una ciudad bastante pequeña para ser la capital de un estado, lo que la hacía de grata convivencia”. Recuerda que a partir de cuarto grado cada materia tenía un profesor. Los exámenes finales eran terribles, tres pruebas, una escrita, una oral y otra práctica con calificación eliminatoria y un jurado de cinco examinadores, uno por cada materia, que por lo regular eran estudiantes universitarios. Para pasar estos exámenes había que estudiar horas extras.

Según Ladimiro nunca tuvo problemas con los exámenes pues era muy estudioso. Pasaba sus apuntes en una máquina de escribir que le había regalado el papá y así las memorizaba. Terminó el sexto grado y pasó al Liceo Libertador de Mérida. Recuerda con mucho cariño y aprecio a sus profesores que en su mayoría eran estudiantes universitarios seleccionados por concurso público. Refiere que durante los cinco años de estudio de bachillerato obtuvo un promedio de 19 puntos, por lo cual eximió el examen integral, que por cierto fue eliminado en 1945, año de su graduación.

5. Por fin en 1946 ingresó al primer año de medicina en la ilustre Universidad de Los Andes. Ladimiro dice que “solía bromear que era la mejor universidad del mundo porque en ella entrábamos *gochos* y salíamos *doctores*”.

Compara el autor las diferencias en la enseñanza universitaria: la anatomía había que memorizarla, tal como el abecedario, para el profesor de histología lo más importante era la comprensión de la materia, mientras que para el de bioquímica, Mario Spinetti Berti, además de ser un excelente expositor, multigrafiaba y repartía sus lecciones para que no tuvieran que tomar apuntes y se concentraran en entender lo que explicaba.

Relata la experiencia de su aprendizaje de la relación médico-paciente al ingresar al tercer año y comenzar a recibir clases para examinar pacientes. Cuando después de médico, fue profesor en el Universitario de Caracas, exigía a sus estudiantes el mismo respeto que sus profesores le enseñaron, prefiriendo pequeños grupos de estudiantes.

Algo muy importante! Su terrible experiencia con la primera inyección que tuvo que administrar, nada menos que con un pobre muchachito! Es por eso, que cuando fue profesor en el Universitario, siempre estuvo pendiente que el personal de enfermería entrenara debidamente a los bachilleres en estas habilidades y destrezas.

Como gran parte del estudiantado merideño, a la mitad de la carrera decidió irse a Caracas, pero las distancias entre los distintos sitios de clase lo agotaban, por lo que después de aprobar los exámenes “regresó a la ULA feliz y con la cabeza en alto”.

Según el autor lo mejor que le pasó en tres últimos años de la carrera en Mérida, fue que comenzó a ayudar como asistente a su maestro, el doctor Joaquín Mármol Luzardo, quien más que maestro se convirtió en su “padre espiritual” y de quien aprendió las enseñanzas quirúrgicas básicas de su especialidad.

En 1950, cuando cursaba el quinto año de la carrera, en Caracas los estudiantes de medicina de la promoción “Augusto Pí Suñer”, se rebelaron con sus contemporáneos de Maracaibo y se negaron a realizar la tesis requerida para graduarse, prefiriendo hacerlo como médicos-cirujanos.

En Mérida, los estudiantes de la promoción “Eloy Dávila Celis”, compañeros de Ladimiro, pensaron hacer lo mismo, pero el padrino, los convenció de presentar su tesis de grado. El 21 de julio de 1951, recibieron su título de doctores en ciencias médicas.

6. Por tener uno de los mejores promedios en medicina, Ladimiro fue favorecido con una beca por la petrolera angloholandesa Shell, que le ayudó a sostener sus estudios en los últimos años. Al graduarse, se presentó a la compañía y se enteró con gran sorpresa: quedaba exento de cumplir el compromiso de trabajar por dos años. Antes que sentirse libre se consideró obligado y comenzó sus labores en el Hospital de la Caribbean en Maracaibo. Posteriormente fue asignado a Campo Mara, donde mejoró sus conocimientos para administrar clínicas y hospitales.

Es allí donde recibe la visita de su amigo Santiago Salcedo Bastardo a invitarlo “a participar en un proyecto que comenzaba a formarse en Caracas, un plan de construir una clínica en Altamira, que no dependiera del gobierno, a finales de 1951”. Como recuerda, nadie se imaginaría hoy que el sueño de

su amigo y de Alfonso Rangel y Aquiles Segovia se gestó en la Shell de Maracaibo. Tuvo que postergar su participación por razones económicas, por lo que sin él se fundó en el Campo La Paz en 1951, la compañía “Superación”, nombre que se le dio a la sociedad médica.

7. Tras un año de trabajo renunció a Campo Mara y tomó lo que pensó serían unas breves vacaciones en Cúcuta. En San Antonio trabajaba su primo Luis Espinoza Viloria, médico de las Fuerzas Armadas de Cooperación, a quien visitó y quedó tan enamorado del pabelloncito del pequeño hospital, San Vicente de Paúl en San Antonio del Táchira que desistió de todos los planes que tenía.

El hospitalito estaba muy deteriorado y tuvo que comenzar a pedir, por lo que sus amigos bromeaban y le decían que “era peor que una cieguita embarazada”.

Tuvo que tomar drásticas medidas para enderezar muchas cosas que andaban mal. Mucho trabajo fue necesario para ganarse a la población y levantar al hospitalito. Contaba sin embargo, con gente competente y dispuesta a aprender. Preparó al farmacéuta como anesthesiólogo en el hospital militar durante un año, el chofer de la ambulancia resultó un excelente instrumentista y como ayudantes de cirugía entrenó a dos miembros de la guardia nacional.

En 1953 un golpe de suerte cambiaría la situación cuando se planificó una cumbre entre Marcos Pérez Jiménez y Gustavo Rojas Pinilla en el Puente Internacional Simón Bolívar, en la frontera entre San Antonio y Cúcuta.

De Caracas enviaron a Luis Eduardo Chataing, ministro de Obras Públicas, para ver la preparación de la zona para tan memorable evento y como adjunto el ingeniero civil Francisco Martínez González, a quien Ladimiro conocía por haber estudiado con su hermano Ciro. Ladimiro ofreció sus servicios como médico y una vieja ambulancia que botaba el aceite. Del recorrido por el hospitalito quedaron convencidos de las necesidades y los trabajos de reconstrucción se hicieron con premura, arreglos que se hicieron en dos años y que costaron 570 mil bolívares, incluyendo material para el quirófano. Después de todo, el abrazo entre los dos mandatarios de los países vecinos nunca se dio.

A pesar de todo el progreso conseguido, Ladimiro quería ver convertido el San Vicente de Paúl en

un hospital de primera, por lo que redobló sus pedidos.

Según refiere: más de medio millón de bolívares logró esta “cieguita embarazada” recaudar. Gracias a estas donaciones, el hospitalito contó con tres consultorios médicos, una muy buena área de hospitalización, con 32 camas, la mitad para cada sexo, además de 4 privados, para combinar la gerencia pública con la privada.

Para estar seguro de sus logros realizó una interesante experiencia. Solicitó a su amigo Oscar Martín Gerardi que practicara una intervención quirúrgica con sus ayudantes, actuando él de observador. Su amigo le dijo que su equipo no tenía nada que envidiarle a sus asistentes en Lagunillas, quienes eran todos estudiantes de medicina de los últimos años.

En 1956, casi cuatro años después de asumir la dirección del hospitalito, reinauguró el pabelloncito con el nombre de maestro el doctor Mármol Luzardo y realizó una jornada especial con asistencia de casi 50 cirujanos de los estados Táchira, Trujillo, Lara y Zulia, que fue todo un éxito.

Además de su trabajo en la dirección del hospital, Ladimiro fue médico de la Guardia Nacional de 1952 a 1957. En estas labores elaboró un plan de sanidad militar el cual fue aprobado por el teniente coronel Oscar Tamayo Suárez en Caracas. Consistía en entrenar los soldados para atender pacientes de emergencia solo durante 24 horas, pasadas las cuales, si no había mejoría el paciente debía tratarse en la medicatura más cercana. Este plan fue el precursor del muy conocido más tarde como “medicina simplificada” del doctor José Ignacio Baldó.

En 1957 pasó a San Cristóbal donde se desempeñó como subdirector del Hospital Vargas y jefe del Consejo Venezolano del Niño, hasta que con el nombramiento del coronel José Victoriana Zambrano Méndez, como gobernador del Estado Miranda, fue designado como director de asistencia social en Los Teques.

8. Lo primero que hizo al encargarse fue visitar las medicaturas del Estado, pues por haber sido director de un hospital rural, sabía de lo difícil que era el suministro de material de primeros auxilios y medicinas para el interior: sobraba lo que no hacía falta y escaseaba lo necesario. Así da ejemplos de 200 sierras eléctricas para abrir

yesos, todavía en sus cajas, encontradas en una medicatura y en otra un equipo de rayos X, en su caja sin abrir, donde no había luz eléctrica ni una planta capaz de hacerlo funcionar.

Para tratar de resolver el problema de distribución de material útil en forma oportuna, ideó una caja de acero de la cual solo habría dos llaves, una la tendrían a nivel central y la otra el doctor encargado de las distintas medicaturas; todos los meses él mandaría la caja vacía con una lista adentro de los materiales que necesitaba cada medicatura y de regreso se le devolvería con lo que se había pedido. A los medicamentos se identificaron con un código para facilitar el pedido y el despacho.

Otro incentivo fue la creación del premio “Médico Rural”, que se haría anual y el médico ganador sería beneficiado con una beca de un mes de mejoramiento en alguno de los hospitales del país con mayores adelantos. Desafortunadamente nunca pudo otorgarse pues la primera entrega estaba pautada para el 7 de abril de 1958, Día Mundial de la Salud y el gobierno de Pérez Jiménez cayó en enero. Como las ideas buenas no se heredan, esta se perdió!

Adicionalmente al cargo de asistencia social del Estado Miranda también hacía consulta y operaba en el Hospital de Los Teques, donde conoció a los hermanos Lozada, muy bien formados por los doctores Pérez Carreño y Parada Dacovich, quienes le sugirieron fundar una clínica privada en el Prado de María, que llegó a contar con diez camas, y Ladimiro llamó “El pan nuestro de cada día”, porque gracias a ella durante mucho tiempo logró el sustento de su familia.

Es aleccionador enterarse de como se las ingenieron para ubicar una casa, comprar y reparar camas clínicas usadas y adquirir una de mesa de partos, para comenzar.

Cuando cayó Pérez Jiménez no quiso seguir en el cargo, a pesar de que le ofrecieron otras actividades distintas a la de director de asistencia social.

9. El principal objetivo de irse a Caracas era trabajar en el Hospital Universitario, donde le fueron aceptadas sus credenciales, en especial su título de “Doctor en Ciencias Médicas”. Recordó entonces lo valioso que fue la decisión del rector Eloy Dávila Celis, de la ULA por su insistencia en no graduar los médicos de su promoción sin presentar su tesis de grado.

Además de presentar las credenciales había que

someterse a un interrogatorio de la directiva del Universitario, del cual por supuesto salió muy bien. Ingresó en la cátedra de Clínica Terapéutica Quirúrgica B y el Servicio II de Cirugía, el 16 de mayo de 1958 y se retiró el 16 de mayo de 1985. Subió todo el escalafón universitario, desde residente docente, asistente, agregado, asociado y titular.

En la docencia tuvo como norma que los médicos venezolanos recién graduados deben estar preparados para atender los principales y más comunes problemas de salud, tanto en teoría como en la práctica. Siempre soñó con redactar una guía llamada “Lo que el médico necesita saber”, investigando con los expertos en estadística cuales son las enfermedades más típicas y frecuentes. También buscó enseñarles a sus alumnos el lado humano para tratar al paciente, como se lo había enseñado su maestro Mármol Luzardo.

Así que trabajaba en el Hospital Clínico de 7 de la mañana a 1 de la tarde y en la Clínica Prado de María a partir de las 3 de la tarde hasta atender el último paciente, de lunes a viernes y los sábados en la mañana. Cuando la gente le preguntaba “¿Y a que hora está en casa?”, les contestaba: “Cuando puedo”.

Hasta 1966 trabajó con los hermanos Lozada en la querida clínica “El pan nuestro de cada día”.

10. En 1957 por fin accedió a formar parte de la aventura de la Clínica El Ávila. La acción costaba 45 mil bolívares que era bastante dinero, pero lo que tenía disponible para invertir era 8 mil, que era todo su capital.

A mediados de 1958, Santiago Salcedo Bastardo quien era el administrador de la Compañía Superación, propietaria de la clínica, le pidió a Ladimiro que fuera su adjunto, lo cual aceptó porque en ese momento su único trabajo era el de la Clínica Prado de María pues estaba todavía en espera del cargo en el Universitario. Entonces solía decir: “después de médico mi segunda pasión era la administración, veta que heredé de papá, que nació administrador por necesidad”.

Cuando cayó Pérez Jiménez, la compañía española que había comenzado a construir la clínica, quebró y parecía que los socios habían perdido prácticamente todo, que ya no había esperanzas de tener una clínica de primera en Altamira. No recuerda quien, pero a uno de los socios se le ocurrió aprovechar la conexión que tenían algunos

de ellos con el partido Acción Democrática, entre ellos Salcedo Bastardo y Oswaldo Barrios, por lo que decidieron hablar con su compañero de partido Raúl Leoni, recién nombrado presidente del Congreso.

Afortunadamente ya había un decreto del Presidente Rómulo Betancourt que otorgaba préstamos a aquellas fábricas y construcciones que por razones del cambio político tuviesen problemas de financiamiento. El gobierno tendría el terreno y el proyecto como garantías. Leoni llamó en presencia de ellos al presidente del Banco Obrero y le pidió como favor personal que los concediera el préstamo lo más pronto posible. Les dieron un préstamo por 15 años por unos 8 millones de bolívares, que les permitieron saldar las deudas y retomaron la construcción con el ingeniero Alberto Aranda Arocha. No fue sino hasta 1962 cuando se pudieron iniciar las consultas, con la clínica El Ávila en plena construcción. A mediados de 1964, cuando estuvo listo el tercer piso donde estaba la sala de parto y el pabellón de cirugía, se puede decir que El Ávila empezó a funcionar como clínica.

Pero como cuenta Ladimiro: “No fuimos una clínica sino hasta cuando se lograron poner en funcionamiento las primeras 16 camas, gracias a un plan que se me ocurrió como presidente de Hospisa (Hospitalización S.A.), sociedad anónima fundada por consejo de uno de los abogados, ya que no era conveniente que Superación incurriera en deudas, para recoger recursos financieros, el llamado plan de colaboradores no médicos que buscaba el patrocinio de privados.

Oficialmente la Clínica El Ávila fue inaugurada entre el 17 y el 18 de octubre de 1964, porque “los festejos de la inauguración comenzaron el 17 en la tarde y terminaron el 18 en la madrugada”.

La primera clínica El Ávila tenía seis pisos. Tres eran de consultorios: sótano, primero y segundo piso. En el tercer piso estaba el pabellón de cirugía, la sala de parto y unas camitas de cuidados intermedios. El quinto piso que fue el primero en inaugurarse, contaba con 16 camas de hospitalización y al cabo de un año, más o menos, se inauguró el cuarto piso con otras 16 camas. Originalmente eran 40 médicos, pero en esa primera etapa ya eran 65 médicos accionistas.

Invocar a Dios parece algo poco frecuente para Ladimiro. Pero en esta, que creo que es la única ocasión, expresó: “Agradezco a Dios que Salcedo

logró ver su sueño realizado, porque nuestro querido amigo murió en un accidente de aviación el 28 de diciembre de 1964”.

11. Según muy bien aclara Ladimiro, “no eran solo pretensiones, sino que había trabajado en hospitales con y sin monjas, y sabía la diferencia”.

Una vez fundada la Clínica El Ávila, logró que le facilitaran cuatro hermanas de la congregación San José de Gerona, que resultaron muy convenientes porque no solo ayudaban con los enfermos, sino en las labores de administración de la clínica. Como en el claustro de Caracas no tenían suficientes monjitas, solicitó autorización a la junta directiva de Superación y aprovechando un congreso en España, visitó el convento principal en San José de Gerona en busca de monjas.

A las primeras monjitas, en el año 1964, las acomodaron cerca del pabellón de obstetricia, en el piso 3, después se les hizo un claustro en el piso 6, que fue su residencia definitiva. Las tenía no solo para entrenar el personal y como decía “para evitar el relajo por las noches”, sino también en la despensa para que cuidaran del suministro, de la central telefónica y en cada piso supervisión de noche. Algunos pacientes llegaron a quejarse porque las monjitas los despertaban por las noches con unas linternitas para saber si estaban respirando.

Lamentablemente las monjitas se fueron de la clínica el 2008 y regresaron a sus casas en España que fueron sustituidas por licenciadas en enfermería, algunas formadas por las mismas monjitas.

Ladimiro se desempeñó como gerente médico de la clínica El Ávila hasta el año 1970 y en 1974 fue nombrado presidente de la compañía “Solidarios Ávila”, ideada por él para cubrir el paro forzoso en caso de enfermedad o accidente de los accionistas, seguro que dice todavía sigue vigente. Confiesa Ladimiro que “siempre he creído en los seguros”. Tanto es así, que cuando el terremoto de Caracas en 1967, ya tenía asegurada la clínica contra los terremotos y según afirma “era la única clínica en Caracas que estaba asegurada contra los terremotos”.

12. A los diez años de fundada la clínica El Ávila, por falta de fondos no se había hecho su ampliación, pero con el poco dinero que contaba la compañía se adquirieron alrededor de 3 000 m² aledaños y con ellos se empezó a contratar el anteproyecto

de ampliación.

Para ello fue necesario fundar en 1976 una segunda compañía, Ávila Servicios Médicos (Aviserme C.A.) que sería responsable de la construcción y equipamiento del segundo edificio. Como el dinero que daba la clínica no era suficiente para meterse en una gran construcción, como recuerda Ladimiro le “tocó regresar a los tiempos de cieguita embarazada y volver pedir”. Sabía que con el capital personal de los médicos no se podía, por lo cual recurrió al Banco Unión, cuyo presidente Rodolfo Belloso organizó un *pool* de bancos para un crédito para Aviserme por la cantidad de 100 millones de bolívares a pagarse en 15 años.

Una vez conseguido el dinero para la construcción en el año 1978 se hizo una licitación pública para seleccionar la compañía constructora, escogiendo la que ofreció el menor precio en el menor tiempo posible que resultaron 20 meses. Se contaba con la asesoría de dos ingenieros de confianza, uno que fungió como coordinador del proyecto y el otro como inspector de obras. Ambos fueron los encargados de validar los trámites para la escogencia y contraloría de la construcción y evitar así, lo que pasó la primera vez, cuando la obra pasó por malos ratos y hasta una quiebra. Sin embargo, al final dejaron de cumplir y tuvieron que prescindir de sus servicios y entrar en un proceso de demanda, que al final se solventó.

En octubre de 1983, de 32 camas pasaron a 118, se contó con una sala de terapia intensiva, eran 140 médicos accionistas de las más variadas especialidades y por fin era el centro médico que 30 años atrás solo existía en la maqueta de Salcedo Bastardo. Con el fin de atender emergencias, hasta helipuerto tenía, el cual duró por algún tiempo.

Fue una gran felicidad para los integrantes de las juntas directivas de las dos compañías Superación y Aviserme, de las cuales Ladimiro hasta ese año fue su presidente.

Entre 1989 y 1993 volvió nuevamente a presidir las dos compañías, período del cual dice no fue tan activo como los anteriores cuando hubo que trabajar muy duro para equipar la hospitalización y conseguir financiamiento para la ampliación. Sin embargo, se construyó el auditorio “Radegundo Payares”, el servicio de admisión, las minitiendas, la ampliación del restaurante, la Fundación Clínica El Ávila, la Droguería La Principal y una placa de reconocimiento a la entrada, en memoria de los diez fundadores de Superación. Según Ladimiro,

el no figura entre los fundadores, “pero si puedo decir con orgullo que fui uno de sus hacedores”.

13. Estando en el Hospital Universitario, en 1967, Ladimiro planteó la posibilidad de operar un caso complicado de una señora con una eventración tan grande, que ningún médico se atrevía a operarla. Para ello había ideado una técnica que llamó “Posibilidad quirúrgica de eventraciones gigantescas inoperables”. Obviando algunos pasos poco comprensibles para el lego en cirugía gastrointestinal, la idea consiste en que “como el intestino delgado tiene aproximadamente siete metros y medio de largo, es tan extenso que permite resecar parte de él, por eso le quitaba como cuatro metros al yeyuno y un metro del íleon y colon derecho, después anastomosaba el pedazo de yeyuno restante, que era como de dos metros, al colon transversal”. El paciente operado cumple con sus funciones digestivas de manera más rápida, por lo cual pierde peso pues sus evacuaciones son repetidas.

Durante el II Congreso de Cirugía Bariátrica y Metabólica en 2008, los organizadores reconocieron que Ladimiro fue el primero en usar dicha técnica en el país, por lo cual lo nombraron miembro honorario del evento.

Afirma Ladimiro, que “también comencé a practicar lo que yo llamaba ‘cirugía vanidosa’, para muchachas gorditas que lo que querían era perder unos kilos, algunas de ellas sufrían males como ovarios poliquísticos, hipotiroidismo o diabetes, que las hacía ser más gorditas; era necesario hacerles resección total del íleon, eliminación del esfínter íleocecual y de la apéndice, si todavía la tenían, y yeyunostomía interna en el colon derecho, y con eso perderían unos kilos sin afectar su salud.”

14. Su relación con la Academia comenzó en 1992, cuando recibió una carta firmada por su presidente, el doctor Rafael Cordero Moreno y por el secretario, Dr. Carlos Hernández, en la que se le convocaba como “invitado especial”. En 1994 fue designado para ocupar el Puesto N° 6, como Miembro Correspondiente Nacional y en 1999 fue propuesto para ocupar el Sillón XXI de Individuo de Número, para lo cual presentó el trabajo: “Algunos aportes personales en cirugía general”, cuyo juicio crítico hizo el doctor Francisco Plaza Izquierdo.

Además, es miembro Correspondiente Regional de la Academia de Mérida, miembro honorario de

VIDA DE LA ACADEMIA Y NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

las Sociedades de Cirugía General y de Cirugía Bariátrica y Metabólica, miembro de los Colegios Americano de Cirujanos, Internacional de Cirugía y de Cirugía Digestiva. Ha recibido múltiples condecoraciones y numerosos reconocimientos. Como al fin comenta: “llegó a la edad del perro para quedarse en su casa”.

El libro tiene una Presentación de Tulio Hernández, un Prólogo de Javier A. Vetencourt Coraggio,

magníficas fotografías de los más importantes eventos, una dedicatoria del autor, y valiosos documentos tales como discursos de bienvenida y recepción, el juicio crítico a sus trabajos, reglamentos de los beneficios sociales de los accionistas de la clínica El Ávila, informes de su gestión como tesorero de la Academia y gráficas e ilustraciones de las técnicas operatorias de su creación.

Instrucciones a los árbitros
Forma para evaluación del manuscrito

	SI	NO
Se trata de un trabajo original (o no) pero es importante su publicación		
Los objetivos (general, específicos) o las hipótesis se describen con precisión		
El diseño de investigación se corresponde con los objetivos o hipótesis		
La descripción metodológica permite su evaluación		
Las variables a relacionar están debidamente operacionalizadas		
Las variables distractoras (de confusión) están apropiadamente controladas		
La población objetivo y la muestreada están identificadas		
El tamaño de la muestra fue correctamente estimado y la selección de las unidades de observación está suficientemente descrito		
La presentación de resultados (textual, tabular, gráfica) es la correcta		
Las figuras son adecuadas y fáciles de entender		
Las fotografías son nítidas y permiten su reproducción satisfactoria		
Las pruebas estadísticas son las que corresponden al análisis de los datos		
La discusión es suficiente y apropiada en su forma y contenido		
Las conclusiones concuerdan con los resultados		
Se discuten los problemas éticos inherentes a la investigación		
El resumen se corresponde con el contenido del trabajo		
Se revisan y evalúan publicaciones recientes (nacionales, internacionales) referentes al tópico de la investigación		
	SI	NO
¿Aprueba usted la publicación del trabajo?		
En caso de aprobar la publicación ¿se requieren modificaciones?		
En caso de requerirse modificaciones ¿las señala usted separadamente?		
Desearía hacer usted comentarios adicionales?		